

¿Qué hay en un nombre? Fundamentalismo, Evangelicalismo y la Volubilidad de las Etiquetas

Por David Koyzis

28 de diciembre de 2017

Un buen amigo mío en la escuela de postgrado era un ministro ordenado en la Iglesia Presbiteriana (USA). Siendo un cristiano confesionalmente Reformado, me dijo en confianza que a veces le gustaba llamarse a sí mismo un fundamentalista para ver cómo los demás responderían. Aunque estábamos en la misma página de muchas maneras, yo personalmente no pensaba que yo podría llegar tan lejos.

Sin embargo, fui criado en la que bien podría considerarse como la primera denominación fundamentalista, la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa (OPC, por sus siglas en inglés). Fundada en 1936 por John Gresham Machen y otros, creció de entre las controversias de los 1920s y 30s en la anterior Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América (PCUSA, por sus siglas en inglés). Los liberales (progresistas) confesionales que elevaron la experiencia personal y el racionalismo por encima tanto de la Biblia como de los Estándares de Westminster, poco a poco se movieron hacia la supremacía, con los elementos más conservadores cada vez más a la defensiva. Estas tendencias ya habían comenzado en la era posterior a la Guerra Civil, ganando velocidad alrededor de la vuelta del siglo 20 y alcanzando preponderancia después del fin de la Gran Guerra.

Como resultado, se comenzó un esfuerzo concertado para forjar una alianza entre los cristianos confesionales en varias denominaciones protestantes, culminando en la publicación entre 1910 y 1915 de *Los Fundamentos: Un Testimonio de la Verdad*, que consistían de 90 ensayos reunidos en varios volúmenes. Los 64 autores fueron un grupo muy diverso, incluyendo a B. B. Warfield del Seminario de Princeton; C. I. Scofield, cuya *Biblia de Referencia Scofield* propagó el dispensacionalismo mucho más allá de su hogar original en los Hermanos de Plymouth; el Rev. William Caven del Knox College, de Toronto; el Rev. James Orr del United Free Church College en Glasgow; Canon G. Osborne Troop de la que fue llamada después la Iglesia de Inglaterra en el Dominio de Canadá, y muchos más.

El proyecto fue editado por A. C. Dixon, Louis Meyer y Reuben Archer Torrey, un asociado cercano del evangelista Dwight L. Moody, con respaldo financiero proveniente del magnate del petróleo Lyman Stewart, quien también co-fundó el Instituto Bíblico de Los Angeles, que llegó a ser más tarde la Universidad Biola.

Aunque el término *fundamentalismo* es usado en estos días casi siempre en un sentido negativo para desestimar a un grupo particular como intolerante y retrógrado, el movimiento fundamentalista original fue un esfuerzo amplio para defender los puntos fundamentales de la fe, tales como el nacimiento virginal, la deidad de Cristo, la

inspiración de la Biblia, y la unidad de la Escritura contra las arremetidas destructivas de la crítica histórica. Cualquier movimiento que juntara a Anglicanos, Episcopales, Episcopales Reformados, Presbiterianos y dispensacionalistas confesionales apenas sí puede ser catalogado como intolerante y exclusivo. De hecho, el movimiento fundamentalista original, al igual que su sucesor neo-evangélico después de la Segunda Guerra Mundial, sería mejor caracterizado por esta bien conocida máxima: “en lo esencial, unidad; en los asuntos dudosos, libertad; en todas las cosas, caridad.” A lo largo de décadas muchas personas adquirieron el hábito de describir a una congregación o denominación como “fundamental” si se adhería a estos puntos fundamentales de la fe compartidos por todos los cristianos a lo largo de los siglos.

Este esfuerzo por construir una amplia coalición de creyentes provenientes de una variedad de tradiciones generalmente evitó doctrinas potencialmente divisorias como el bautismo, la Cena del Señor, la predestinación, el libre albedrío y las perspectivas mileniales (Apocalipsis 20). Estas fueron consideradas como menos significativas que la necesidad de la hora, que era confrontar de frente al creciente secularismo en las iglesias. Esto hace que sea algo irónico que, un siglo más tarde, la palabra fundamentalismo esté asociada con una variedad de grupos nada agradables, incluyendo a los terroristas declarados.

Después llegaron los *evangélicos*. Después de los juicios Scopes de 1925, el fundamentalismo llegó a ser asociado con el oscurantismo, aunque unos pocos grupos celosamente se apegaban a la etiqueta, incluyendo la congregación Bautista independiente donde mi madre llegó a un conocimiento salvador de Jesucristo al final de su adolescencia. Carl F. H. Henry y el Rev. Billy Graham estaban asociados con este nuevo movimiento, y la revista *Christianity Today* se convirtió en su publicación bandera. Tan poderoso era este evangelicalismo después de 1945 que eventualmente llegó a suplantar a las denominaciones de línea dominante y que se estaban debilitando rápidamente cuatro décadas más tarde. El evangelicalismo como etiqueta tuvo la virtud de involucrar a más de un movimiento histórico, incluyendo los avivamientos evangélicos en la Iglesia de Inglaterra en el siglo 18, el movimiento Metodista Wesleyano, el pietismo europeo continental y, por supuesto, la Reforma del siglo 16. Sin embargo, sus principales defectos fueron su falta de una eclesiología robusta y su énfasis en la experiencia personal, lo que, aunque de otra manera loable, eventualmente erosionaría las líneas entre el evangelicalismo y el liberalismo, especialmente después del cambio al siglo 21.

Muchos de nosotros estuvimos orgullosos de reclamar la etiqueta de *evangélico*, debido a la referencia obvia al evangelio de Jesucristo (Como Gus Portokalos nos diría, ¡*evangelion* es una palabra griega!) Sin embargo, un número cada vez creciente de cristianos ahora están llegando a rechazar la etiqueta de *evangélicos*, debido a su asociación con un cierto compromiso político. De hecho, aquellos que aún están dispuestos a usar la etiqueta están preocupados que muchos de sus correligionarios parezcan alinear la ideología política por encima de las obvias implicaciones éticas de su

propia fe. Si estos son evangélicos genuinos o simplemente “evangélicos nominales o de conveniencia” es algo que está sujeto a disputa. Dondequiera que la verdad mienta, es que algunos cristianos de alto perfil han decidido que ya no pueden seguirse describiendo como evangélicos.

Es verdad, claro está, que algunas etiquetas han sido desacreditadas debido a su abuso, haciendo virtualmente imposible para la gente que razona bien el seguirlas usando. (¿Cuántas personas buenas y respetables simpatizaban con el nacional socialismo antes de 1933?) Sin embargo, yo mismo me he vuelto cauteloso de no descartar una etiqueta que de otra manera sería perfectamente buena por temor a la asociación con *esas* personas, quienesquiera que fuesen. Dado que todos somos pecadores en necesidad de la gracia de Dios, podríamos mejor ver en nuestros propios corazones para determinar si somos dignos de ser llamados por el nombre de Jesucristo y su evangelio de salvación. En nuestra propia fuerza no somos dignos, por supuesto. Esa es precisamente la razón por la cual acudimos a Cristo para encontrar verdadera identidad. No se puede encontrar en los partidos políticos o en las subculturas étnicas. No puede hallarse en nuestros propios deseos y aspiraciones, los cuales, independientemente de lo legítimos que puedan ser, están siempre empantanados en la batalla cósmica entre el pecado y la redención.

Etiquetar es una labor un tanto caprichosa. La gente a menudo etiqueta a los demás para desacreditarlos. Nos etiquetamos a nosotros mismos y esperamos que la gente respete esas etiquetas, lo cual, claro está, puede que no hagan. Con frecuencia las etiquetas no duran por largos períodos, siendo tarde o temprano reemplazados por otras que servirán por un tiempo, pero probablemente no para siempre. Personalmente estoy dispuesto a llamarme a mí mismo un fundamentalista en el sentido original, un calvinista evangélico, cristiano reformado o incluso – con un poco de ironía – apegado al rito bizantino. Pero por sobre todo soy un seguidor de Jesucristo, y es por *Su* nombre sobre todos los demás nombres que quisiera al fin ser llamado, “pues no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres por el cual podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

2 2 2 2 2

(Información sobre el autor en la siguiente página)



Sobre el autor / David Koyzis

David Koyzis es Miembro del Cuerpo Docente en el *Centro para la Teología Bíblica y Pública Saint George* donde enseña sobre política ubicado en Burlington, Ontario, Canadá. Es el autor de *Visiones e Ilusiones Políticas* y *Respondemos a Otro: Autoridad, Oficio y la Imagen de Dios*.

Este artículo fue publicado originalmente en idioma inglés y está disponible en la siguiente dirección: <http://kuyperian.com/whats-name-fundamentalism-evangelicalism-fickleness-labels/>

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org